

“Todavía le quedaba uno: su propio hijo, a quien quería mucho.” (Marcos 12,1-12)

Reflexionamos hoy sobre la parábola del hombre que plantó una viña, la arrendó a unos labradores y fue enviando a sus criados para pedir la parte de ganancia que le correspondía. La respuesta de los labradores fue siempre la misma: eliminar al mensajero. No se detuvieron ni tan siquiera ante el hijo del dueño de la viña a quien *“mataron y arrojaron su cuerpo fuera”*.

Aquellos que se oponían a su persona y a su mensaje no tardaron en sentirse identificados con los malvados labradores de la parábola. *“Quisieron entonces apresar a Jesús, porque sabían que la parábola iba contra ellos. Pero como tenían miedo de la gente, le dejaron y se fueron.”* Sabemos que finalmente aquella parábola terminó cumpliéndose plenamente en Jesús crucificado.

La actualidad de esta Palabra se refleja en la persecución y martirio de seguidores de Jesús que viven en regiones marcadas por fundamentalismos políticos, económicos, culturales, religiosos... Son situaciones que claman justicia pero que se silencian con diversas formas de exclusión.

Apropiarnos de esta Palabra desde la Hospitalidad tiene sus exigencias. Ante todo el cultivar entre nosotros una actitud de apertura sincera ante la crítica constructiva, el asumir con espíritu autocrítico nuestras debilidades, el integrar a aquellos que disienten de nuestro modo de proceder, porque en ellos pueden encontrarse semillas de verdad. La respuesta fácil es la desautorización, la banalización de las opiniones contrarias a nuestras ideas y hasta la exclusión de aquel que nos inoportuna.

Se impone el discernimiento sereno y generoso para integrar lo que nos acerca a la verdad, aunque resulte incómodo, y lo que objetivamente nos aleja de ella. (No todo el que nos contradice está en la verdad.)

Todos los grupos humanos sienten la necesidad de defender sus identidades. Lo importante es que esta defensa no se base en la descalificación del otro y que seamos capaces de integrar la parte de verdad que nos proporciona la diversidad.

Ser nosotros mismos, desde una identidad fuerte, es lo que nos permitirá abrirnos sin temores ni prejuicios a visiones alternativas. Curiosamente la debilidad en la identidad suele ser la fuente más frecuente del inmovilismo y la intolerancia.

La alternativa es clara: seguir matando a los enviados del dueño de la viña o abrirnos para compartir la parte de bien y de verdad que el otro nos puede aportar.

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

